

LIBROS

Utopía y contrautopía en el "Quijote"

"El 'Quijote' tiene un propósito político: poner de relieve el disparate de quienes coinciden en estar en un mundo de creencias, que lleva a la visión fantasmal del caballero", viene a concluir José Antonio Maravall, en su libro "Utopía y contrautopía en el 'Quijote'" (Editorial Pico Sacro, Santiago de Compostela, 1976), renovación de un antiguo ensayo suyo ("El humanismo de las armas en Don Quijote", Madrid, 1948).

Como Ortega, Maravall ha ido a este libro, "verdaderamente profundo", en busca de respuestas a sus inquisiciones. Y su viaje a este libro, donde, como en el espejo stendhaliano de Saint-Real se refleja "la errada utopía de tantos españoles irrazonables", lo hace provisto de un aparato erudito verdaderamente espectacular. No es ello nuevo en el proceder del autor. Cualquier obra del profesor Maravall —por pequeña de tamaño que sea— va armada con una guarnición intelectual capaz de defender airoosamente toda una fortaleza de "Obras completas". Recordemos, sin ánimo de enumerarlos todos, algunos de sus títulos: "Teoría del saber histórico", "El concepto de España en la Edad Media", "El mundo social de la Celestina", "Las Comunidades de Castilla", "La oposición política bajo los Austrias", "La cultura del Barroco"...

Distingue Maravall entre personaje y autor; señala la utilización que éste hace de aquél como ejemplo. Sin embargo, en la obra el personaje lleva dentro de su figura los dos "elementos decisivos" que informan el universo mental del autor. El trasfondo medieval, por una parte; de aquí parten los elementos caballerescos. Por otra, un cierto matiz erasmista y moderno, un afán de construcción de la propia personalidad. Cervantes hace cabalgar al caballero y su escu-

dero por un mundo en crisis, de donde hace tiempo que desaparecieron los caballeros andantes (que, por otra parte, nunca fueron como él), con un ánimo ejemplar. ¿Qué quiere mostrar Cervantes? Maravall responde: Advierte a los que sueñan con la utopía evasiva de la reforma de la sociedad, según las viejas virtudes de la sociedad tradicional, que esto es una incongruencia con el presente... Y ello ocurre, entre otras cosas, "porque los que en la época tienen el título de caballeros han abandonado la función correspondiente, y, dado el deterioro de su calidad ético-social, no puede pensarse en ellos para la reforma de una 'edad detestable', a la que ellos pertenecen con todas sus lacras". Cervantes quiere advertir del peligro que hay en la idea de

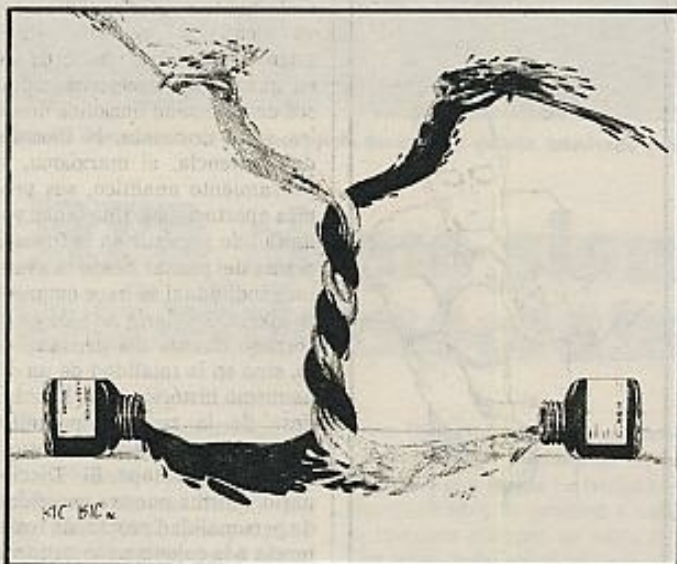
las enseñanzas que puede ofrecernos su viaje al ayer. ■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

Los "filósofos jóvenes" hacen un diccionario

El hecho de que a un sector importante del movimiento de los "filósofos jóvenes" se les haya ocurrido la idea de agruparse en la empresa de redactar un "Diccionario de Filosofía Contemporánea" (1), no deja de ofrecer ciertos aspectos sorprendentes, especialmente si pensamos en las características combativas y conflictivas de este movimiento, que parecerían

Por otra parte, es verdad que el género literario "diccionario" está experimentando bastantes recreaciones en los últimos tiempos —recordemos a Cela, por ejemplo—. Esta obra sería una más de ellas. No estamos en presencia, en efecto, de un diccionario filosófico, según el modelo usual, cuya misión es informar lo más asépticamente posible sobre el cuerpo de problemas y hechos históricos, que convencionalmente se designa como filosofía. Aquí se hace patente un producto cultural eminentemente crítico —y, por ende, polémico—, el cual toma posición desde su presentación misma y su dedicatoria a la lucha por un pensamiento libre y a la esperanza de un pensamiento liberador. Tal planteamiento respondé a una lógica profunda de nuestra situación cultural y a los avatares —dirigismo impositor, resistencia creativa, represión—, que la filosofía ha vivido durante estos últimos cuarenta años. Por otra parte, se orienta hacia una búsqueda de la inserción del pensamiento y el intelectual, comprometida en nuestra dinámica social creadora.

Es preciso también insistir en el término "contemporáneo" —entendido más en la acepción de actual que en la convencionalmente periodizadora de nuestra historia—, el cual rotula la obra para precisar sus intenciones. No se trata meramente de que se delimite un ámbito cronológico, sino de algo que muy radicalmente anima la construcción de este "Diccionario": el esfuerzo por definir lo verdaderamente vigente en la especulación filosófica de nuestros días. Ello se aprecia, unas veces en la misma selección de autores y temas, otras en el modo fuertemente crítico con que determinados autores son tratados, frente a su tópica consagración. ¿Podríamos recordar aquí las pretensiones del ya viejo positivismo lógico para delimitar el sentido o sinsentido de los problemas? Es cuestión evidentemente de algo muy distinto, que simplemente quiere recuperar el ámbito de lo válido, de lo realmente vivo y estimulante para nuestro pensamiento. Y este esfuerzo de purga es muy comprensible en nuestra situación cultural, en la cual la posibilidad siempre latente, y tantas veces actuante, en filosofía de parir engendros, de proliferación te-



retorno, porque una utopía restauradora o de retorno es "una utopía de evasión". Y porque es consciente, al analizar los dos elementos fundamentales de su universo intelectual, que antes se han señalado, de cómo el del ideal caballeresco entró en un verdadero proceso degenerativo apenas se puso en marcha. Por eso, ante la corrupción que asimismo se iba produciendo en las nuevas formas de vida, pensaba en la automodelación de la propia personalidad.

Si, como el propio autor ha señalado en otra ocasión, "la Historia consiste en dominar intelectualmente el pasado y ese dominio se lleva a cabo desde cada presente", Maravall parece servirnos en las apretadas páginas de este libro de hoy algunas de

más vocadas hacia un manifiesto que hacia un diccionario. Pero bien pudiera ocurrir también que después de tantos años de represión, en medio de la actual y escandalosa manipulación lingüística, en el presente caos de imágenes y actitudes lo más revolucionario resulte ponerse a definir y clarificar, y que esta voluntad, más o menos consciente, haya movido a los jóvenes autores. Si en lugar de producir confusos ruidos —valga la que cibernéticamente es una redundancia—, nos ponemos a hablar, en nuestro país puede producirse un escándalo mayúsculo.

(1) "Diccionario de Filosofía Contemporánea", dirigido por M. A. Quintanilla, Salamanca. Ediciones Sígueme, 1976.

ratológica, ha encontrado un ambiente tan fertilizante, apoyado en las instancias del poder o del equívoco. Ahora bien, la selección de lo vigente hubiera caído en un grave error si, reproduciendo las estructuras dominantes resultara dictada por una disciplina de escuela. Afortunadamente, no es éste el caso en una valoración global del "Diccionario". En su planteamiento hay que señalar un pluralismo antidogmático, que acoge direcciones y temas del cariz más variado, incluso profundamente polémicas entre sí, pero que comunicarían en algo común: responder de una u otra manera a los problemas de nuestro tiempo. No se trata, por ventura, de una realidad monolítica, sino más bien agónica —hablando a lo Unamuno— o proliferante —al estilo de Feyerabend—.

Tal amplitud aparece muy clara respecto a las grandes formas de pensamiento que las páginas del "Diccionario" acogen. Se hace presente el marxismo como gran corriente, corriente sometida a inflexiones múltiples, y expuesta a lo largo de los diferentes artículos que inciden sobre el tema por mentalidades tan distintas como las de Jacobo Muñoz, Aranzadi, Laso o Fernando del Val, entre otros de los redactores. Mas no se olvida el anarquismo y el pensamiento negativo —o nihilismo— encuentra exposición cumplida. La filosofía de la ciencia —con cierta limitación en cuanto a sus contenidos—, así como el pensamiento analítico se hallan ampliamente reflejados en la obra. Y no falta la moda estructuralista, estudiada por Eugenio Trías.

La selección de los vocablos se pliega a estas inspiraciones generales y, en ocasiones, a la fuerte presencia, respecto a otros actuales círculos filosóficos, del grupo formado por los discípulos de Gustavo Bueno. No encontraremos términos tales como "acto" y "potencia" —lo cual podrá sorprender a las mentalidades acostumbradas a nuestros cuestionarios oficiales, que ciertamente no se caracterizan por su contemporaneidad filosófica—. Pero ello no significa que los temas de la ontología, de la teología natural en conexión con la filosofía de la religión —como asunción más actual de tal problemática, análogamente a la de la estética en la filosofía

del arte— estén ausentes de la obra. Si se echa de menos la inclusión de algunos términos referentes a la filosofía de la ciencia como discusión de los contenidos del pensamiento científico, natural, social y antropológico. Tal ocurre, por poner un ejemplo, con la ausencia del término "evolución". También en la relación de autores tratados habría que revisar algunas exclusiones y lo incompleto de determinadas semblanzas, que no dan idea cabal de la obra de ciertos pensadores.

A mi modo de ver, en efecto, el ámbito de lo válido, de lo digno de tenerse en cuenta en el actual pensamiento filosófico español cubre un radio más amplio que el definido por este "Diccionario". Sin embargo, sus recelos



son psicológicamente comprensibles en el marco de nuestra situación intelectual, tal como espontáneamente ha de ser percibida por la nueva generación filosófica.

Esta obra, como desde el principio he subrayado, constituye un producto colectivo, que refleja fielmente la presencia de una nueva oleada generacional en nuestra filosofía. Y el "Diccionario" está programado claramente con esta voluntad expresiva. En conjunto, sus autores son hombres que han empezado a enseñar y publicar en los últimos años —su edad media se sitúa en el centro de la treintena—. Es la generación que ha animado las Convivencias de Filósofos

Jóvenes; en un orden más general, la generación de los PNN, con su problemática y sus luchas en la Universidad. Todo ello, en el ámbito de la España del pseudodesarrollo, que ahora hace crisis, de la industria cultural, de la recuperación y maduración del movimiento proletario.

Esta generación nos ha convertido, por fin, en hermanos mayores, a los que durante tanto tiempo parecíamos condenados a ser perennemente hermanos menores de los hombres de la guerra, "jóvenes promesas" o difíciles jóvenes díscolos. Pero no parece cumplirse el rígido esquema de rivalidad —el orteguismo no queda muy bien parado en este "Diccionario", desde cualquier punto que se le mire—, que el filósofo madrileño prescribía a las generaciones inmediatamente próximas. Esta nueva oleada en nuestro pensamiento encuentra un horizonte en que actúan sucesivos impulsos de la España filosófica desde los años cincuenta, la filosofía de la ciencia, el marxismo, el pensamiento analítico, sus propias aportaciones. Una tenaz voluntad de persistir en la funesta manía del pensar desde la aventura individual se hace empresa solidaria. Solidaria no sólo en el cerrado círculo del pensamiento, sino en la totalidad de un dinamismo histórico, que, liberándose de la reciente pesadilla opresora, se lanza a la aventura de una nueva etapa. El "Diccionario" afirma nuestra necesidad de personalidad propia, de resistencia a la colonización cultural, al mimetismo, peligros ciertos en un gesto de resistencia puramente elemental a las imposiciones oficiales. Trabajemos porque esta voluntad programática se convierta en realidad creadora. ■ CARLOS PARIS.

Teorizad, teorizad malditos

En Editorial Laia, un día se aparecen Camacho y Sartorius a los gentiles, y otro día se aparece Santa Teoría en forma de revista teórico-política y cultural, titulada "Taula de canvi" ("Mesa de cambio"), título ambiguo, situado a medio camino entre la historia financiera de Catalunya y el cambio como panacea de la

acción política, ahora y siempre, por los siglos de los siglos, amén. Director de la publicación: Alfonso Carlos Comín, reconocido dirigente del PSUC y del PCE. Pero no se asusten. Taula de canvi se declara revista unitaria, y para demostrarlo ofrece un consejo de Redacción, encabezado por Josep Ramoneda (profesor de Filosofía y genial coentrevistador con Martí Gómez), en el que figuran comunistas, socialistas, independientes y demás ralea: Eliseo Aja, Jordi Borja, Jordi Carbonell, Josep Maria Castellet, Toni Castells, Josep Fontana, Jaume Melendres, Isidre Molas, Raimon Pleggero "Raimon", Jordi Solé Tura, Quim Sampere, Manuel Vázquez Montalbán y Josep M. Vergara. Según parece, van a incorporarse a este consejo dos independientes más: Cirici i Pellicer y Josep Benet.

Taula de canvi es una revista en catalán, bimensual, destinada al enriquecimiento del pensamiento socialista y a propiciar su influencia en el análisis de la realidad política del país. El primer número presenta un tema hegemónico: **Marxismo, Estado y cuestión nacional**, complementado con las tesis sobre la autogestión del Partido Socialista francés, un debate sobre la democracia, en el que se insertan a distintos niveles los artículos de Sampere, Bobbio, Cerroni y Pietro Ingrao y un artículo sobre la oposición, entre opulencia y miseria informativa de Vázquez Montalbán. Las aportaciones sobre cuestión nacional prometen ser polémicas. Solé Tura aborda la cuestión del Estado y el concepto de nacionalidad, que tanta pasión y controversia despertó en el encuentro de historiadores de Perpignan. María Rosa Solé pone al día sobre los más recientes estudios y tesis sobre la relación entre lengua y cuestión nacional, los mallorquines Antoni Tarabini y Celestí Alomar ofrecen un oportuno y sintético balance de sus posiciones en torno al hecho nacional en las islas Baleares.

Comín, Castellet, Carbonell, Vergara, Solé Tura y Ramoneda hablaron por distintos motivos durante el acto de presentación. Aclararon que se trata de una revista que se propone incidir sobre todo en el ámbito intelectual, aunque se centrará en temas vigentes en la más urgente praxis política. De ahí que la